

dar á comprender á los suyos que ó triunfaba ó se quedaba allí muerto ó prisionero.

De aquel sitio fué llevado á la cama y curado, entregándose despues á un sueño reparador, rendido, como estaba, por el cansancio. A los dos días sin estar aún repuesto de la caída, se puso nuevamente en campaña. ¡Qué hombre era el gran Morelos!

## CAPITULO XVI.

### RIVALES.

El desdichado Porlier que apenas habia logrado escapar, con algunos restos muy maltratados de su vistoso Ejército, luego que llegó á Toluca, escribió al Virey diciéndole que se habia sostenido todo cuanto pudo, logrando disputar varias veces la victoria al enemigo, tanto que le habia sido preciso ceder al mayor número perdiendo en una noche, en unas cuantas horas, todas las grandes ventajas antes alcanzadas, despues de haber estado esperando inútilmente dia tras dia, el auxilio que se le habia ofrecido de Calleja, que hubiera sido tan eficaz como que ya no existiria la revolucion por aquellos rumbos, que ahora quedaban por completo en poder de los envalentonados insurgentes.

—Con mil demonios! exclamó el Virey arrojando lleno de enojo la carta encima de la mesa, ¿pues no habrá recibido Calleja mis órdenes tan repetidas como terminantes?

—Sí las ha recibido, Exmo. Señor, contestó el secretario Velazquez y cabalmente acaban de llegar estos pliegos que traen los sellos de aquel jefe.

—Veamos de qué manera disculpa su desobediencia.

El secretario Velazquez rompió el lacre que cerraba los pliegos y dió lectura al oficio de Calleja de fecha mas reciente, en que decia poco mas ó menos, que tenia que repetir una vez más que no le era posible acatar aquellas disposiciones del Virey porque las creia desacertadas, una vez que los caminos que tenia que recorrer para dar alcance á las tropas de Morelos eran casi intransitables para la artillería, y que consistiendo su principal fuerza en esta arma y en la de la caballería, que quedaria inútil si tuviera que hacer semejante travesía, tenia que darse su ejército por destruido con tales marchas, ademas que por perdidas las provincias del interior, una vez que las abandonara, pues que no faltaban partidas cerca de Guanajuato, de Querétaro y de Valladolid, que reunidas bajo el mando de cualquier jefe diestro, que no faltaba tampoco á los independientes, vendria á hacer infructuosos sus triunfos para la pacificacion del reino, y antes resultarían en contra para la causa real y para los realistas, que en esta vez no alcanzarían cuartel, porque los rebeldes estaban sedientos de to-

mar venganza de tantos horrores como con ellos se habian hecho hasta entonces, no perdonándoles ni á sus familias por mas inocentes que fueran, ni á las poblaciones en masa, hubieran ó no tomado parte en la lucha, habiéndoles despojado, ademas, de sus intereses, todo en cumplimiento de las órdenes superiores ó de las facultades amplias concedidas á todos los jefes realistas.

—¡Canastos! exclamó el Virey mas irritado todavía, este Sr. Calleja se está creyendo aquí el soberano.

El secretario Velazquez de Leon, no creyó conveniente manifestar opinion ninguna y siguió como absorto en la lectura de los papeles.

—Y lo mas particular es, que quiere darme consejos, que me da lecciones, que quiere imponerme su volunrad, no solo destruyendo la mia, sino criticando mis medidas.

El secretario siguió guardando el mismo silencio.

—Ya, ya castigaré yo á ese jefe insolente cuando lo tenga al alcance de mi mano.

—Señor, dijo entonces el secretario con toda humildad para que no siguiera arreciando la tormenta, aquí hay tambien una exposicion del Señor Obispo Abad y Queipo, apoyando al Sr. Calleja.

—Léamela usted.

El secretario leyó el pliego firmado por el Obispo, en el que hacia un largo razonamiento, que era mas bien un chubasco de palabras, para demostrar que

Valladolid caeria en poder otra vez mas de los insurgentes en el caso de que se quitara el ejército de Calleja de las poblaciones del interior, que era el que les estaba infundiendo á todos respeto.

—Ese Obispo de cobarde que es, viene empeñándose en apoyar las majaderías de Calleja, exclamó el Virey; cada vez que se presenta una partida de insurgentes á diez leguas de Valladolid, el Sr. Abad y Queipo hace un viaje á México, ó se enferma ó se enosce debajo de las camas. Es chistoso este Señor Obispo á quien tanto gusta mezclarse en lo que no le interesa. Buenas garas me están entrando de dar una leccion un poco severa á Su Señoría Ilustrísima, para que no vuelva á meterse ni por mal pensamiento en apoyar á los militares díscolos.

El Virey se sonrió sardónicamente, estuvo un momento cabizbajo y en seguida se levantó y empezó á pasearse segun su costumbre.

De repente se detuvo frente á la mesa en donde estaba el secretario Velazquez rodeado de papeles y le dijo con mirada, gesto y entonacion de voz, muy imperiosos:

—Escriba usted al Sr. Calleja diciéndole, que por la última vez le prevengo que sin alegarme pretexto alguno, marche con direccion á Toluca á reforzar los pueblos desamparados por su causa en virtud de no haber acudido como se lo mandé en auxilio del Ejército de Porlier, el cual fué ya sacrificado, y dígame además, que de su prontitud en la obediencia, no solo

ahora, sino en lo sucesivo, dependerá que le podamos conservar estos dominios al Rey de España. Que tenga entendido que yo soy la cabeza que piensa, puesto que para eso fui mandado á ocupar este empleo y que él y los demas militares que forman la armada en esta Nueva-España, los brazos que ejecutan mis determinaciones, porque si todos determinamos y todos hacemos cabeza, no sé para qué fué inventada la disciplina. Dígame usted con los buenos y escogidos términos que sabe, que no soy servido de que se me pongan dificultades cuando yo ordeno alguna cosa, y que espero que no vuelva á suceder nunca mas, sopena de que uno ú otro tengamos que dejar el sitio que ocupamos, pues no caben ni pueden caber en un mismo asiento dos que quieran tener igual categoria, é iguales facultades para determinar.

El secretario Velazquez que nunca habia tenido entre manos un asunto tan difícil que desarrollar, se quedó viendo á Venegas con ojos azorados y luego le preguntó:

—¿Todo eso quiere V. E. que conste en el pliego que se va á dirigir al Sr. Calleja?

—Sí, todo eso, pero compuesto con buenas palabras.

El secretario Velazquez no tuvo que hacer otra cosa que inclinar la cabeza y ponerse á escribir, mientras el Virey seguia dando vueltas, no sin pegar de cuando en cuando sendos manazos sobre los muebles en señal de cólera.

El resultado fué que marcharon las comunicaciones redactadas con una forma dulce, pero con un fondo terrible de reproche que no pudo menos que impresionar á Calleja, el cual contestó manifestando: que sabia muy bien que habian llegado tres ó cuatro mil hombres de tropas reales mandadas de España con muy buenos jefes y que por eso creia que se contaba con elementos mas que suficientes para destruir á Morelos, sin que se le obligara á él á desamparar las provincias del interior, contra su conciencia; pero en el supuesto de que eran desatendidas sus razones, ya se ponía en marcha de Maravatío en donde se habia detenido á dar descanso y organizacion á sus tropas, y que como se dirigía para Toluca en cumplimiento de las últimas terminantes prevenciones, en el camino esperaba se le dijera á quién entregaba aquel mando con el cual ya no queria continuar.

—Se quema, pues que sople, dijo el Virey, luego que le fueron leidas las nuevas comunicaciones de Calleja, tambien dictadas con una forma muy respetuosa, pero llenas de veneno, no solo por la renuncia que hacia del mando, sino por la reseña que formulaba de toda la situacion que parecia conocer mejor que Venegas.

El secretario se quedó esperando el acuerdo con la pluma en la mano. El Virey, que no parecia muy sorprendido de la resolucion de Calleja y que antes bien presumia estarla esperando, le dijo con voz firme:

—Aceptamos la renuncia de Calleja, pero no le

decimos nada hasta que insista, lo que me dará tiempo para pensar en el jefe que deba sustituirle.

Calleja insistió en efecto en su renuncia luego que llegó á Ixtlahuaca apoyándose fuertemente en razones de enfermedad, la cual no le permitia ya soportar las fatigas de la campaña.

Entonces Venegas dióle ya la aceptacion nombrando para sustituirle al brigadier de marina D. Santiago Irizarri, que era uno de los militares recientemente llegados á México con el contingente de tropas que se habia mandado de España. Pero ¡quíá! el Virey no habia contado con la huéspedada. Calleja tenia gran arraigo en el ejército que el mismo habia formado, y el ascendiente que disfrutaba sobre toda su oficialidad era inmenso, así es que los jefes de los cuerpos, secundados por sus oficiales, se apresuraron á mandar una representacion á Venegas, oponiéndose á que se les pusiera otro jefe, en términos que casi implicaban una amenaza.

El colérico Virey, no obstante su energía para las cosas pequeñas, que solia abandonarle para las que tenian alguna importancia, se quedó de una pieza ante aquella manifestacion que le fué enviada de Toluca, en donde se encontraba el ejército vencedor de Zitácuaro.

—¡Diablo! ¡diablo! Que no salga todavía Irizarri, dijo, y empezó á dar vueltas para inspirarse á fin de poder tomar una resolucion que lo sacara del apuro;

Despues de cavilar y más cavilar, vino á fijarse en

una idea que fué la que puso en planta: mandar copia de la representación á Calleja, suponiéndole extraño á ella, para que dijera en su vista si insistía en su determinación.

Calleja, aprovechándose de las ventajas que le rodeaban, le espetó un nuevo oficio haciéndole relación menuda de todos sus trabajos y de los méritos de que se creía poseedor, enumerando como principal, el de haber resistido á los tentadores ofrecimientos de los insurgentes que le habían propuesto, por tal que dejara las armas, devolverle todos sus intereses confiscados, regalarle una buena hacienda, señalarle una pensión anual de veinte mil pesos y extenderle un nombramiento de general americano, para todo lo cual recordó, aunque no viniera al caso, que su mujer había sido escoltada y muy bien tratada por las tropas insurgentes. Concluyó manifestando le era absolutamente imposible continuar con un mando que tenía tantos obstáculos en el estado mortal en que se hallaba su salud.

—Este demonio me está acorralando, exclamó Venegas pensativo.

Y como cuando los hombres superiores están muy apurados discurren lo peor, el Virrey discurreó que Calleja continuara al frente de su ejército, con el cual marcharía á la capital, que probablemente se iba á ver atacada muy pronto por Morelos, según el incremento que aquel jefe insurrecto iba tomando en la gran zona que había escogido para sus operaciones y en la cual no había habido hasta entonces quien se le opusiera.

Y decimos que Venegas discurreó lo peor, porque precisamente la estancia de Calleja en México fué lo que originó su caída.

Fuó designado el próximo 5 de Febrero para que el ejército hiciera su entrada triunfal en México, según dijeron entonces, para no hacer demostración oficial una vez que los vecinos la hacían por devoción al santo mexicano S. Felipe de Jesús, con procesión, misas, repiques y otros regocijos. Sería casual la cosa, pero se dijo mucho que era *picolargada* del virrey.

Sin embargo de las hablillas, se pusieron arcos de flores desde la garita del Paseo Nuevo hasta la puerta del Palacio, distinguiéndose en algunos muy expresivas inscripciones.

A las doce y media del día una salva de veintinueve cañonazos anunció la llegada del general español á la garita, el cual venía al frente de su ejército con su Estado Mayor y una lucida escolta. Allí fue recibido por los gefes de la plaza, miembros del Ayuntamiento y otras personas que desde aquel punto vinieron formando parte de su séquito. Las calles, las casas en sus balcones y ventanas, las azoteas, todo estaba inundado de curiosos que por primera vez presenciaban la entrada de un ejército victorioso, pues hasta entonces, en el año y medio que llevaba la revolución, no habían visto llegar más que á los derrotados.

Calleja, aunque no le debía nada á la hermosura ni tenía un continente bizarro, vestía bien e iba por delante de todos dándose mucha importancia. Cuando llegó la cabeza de la columna á las calles

de Plateros, la muchedumbre dejaba menos desembarazado el camino y la marcha tuvo que ser mas lenta. Esto hizo que se acortaran las distancias y que el general fuese víctima de un accidente desastroso. Al desembocar la columna de la calle de Plateros á la Plaza Principal, el caballo que montaba el mariscal de Campo D. Júdas Tadeo Torres, se paró en los piés y con las manos dió en la cabeza de Calleja tirándole el sombrero y derribándole á él mismo á cuatro varas de distancia, no sin que el mariscal, que á pesar de ser de campo era un mal ginete, diera tambien en tierra con su ilustre persona, dándose una que otra descalabrada.

A Calleja tuvieron que meterle arropado á la casa del platero Rodallaga en donde le estuvieron curando por buen rato todas las magulladas que se hizo en diversas partes del cuerpo, sintiéndose más lastimado en su orgullo que en cualquiera otra cosa, pues realmente la caída no habia sido nada, siendo lo único que le molestaba las patas del animal que todavia estaba sintiendo en la nuca.

El Virey cuando tuvo noticias del porrazo de Calleja, se fingió afligido, pero luego tuvo que meterse á una pieza interior para poderse reir con todas sus ganas. Ni á su secretario mismo quiso hacerlo partícipe de su alegría, temiendo que fuera á cometer una indiscreción.

A las cuatro de la tarde acabó de desfilarse el ejército por frente al Palacio, lo cual hace suponer que se componía, cuando menos, de unos seis mil hombres.

Por la noche hubo "Te Deum," "Besamanos," "Trinquis" y todas las demas menudencias que acostumbraba aquella gente para celebrar sus faustos acontecimientos.

La primera entrevista del Virey y Calleja se verificó al oscurecer en presencia de muchas personas, lo cual impidió que mediaran explicaciones, pero los testigos de la escena decian despues, que el abrazo que se dieron se parecia mucho al beso de Júdas, tanto más que desde en la mañana habia estado un Júdas metido en el negocio, el maldito Mariscal á quien se le habia encabritado el caballo.

Calleja fué conducido de Palacio á su alojamiento en una magnífica carroza arrastrada por seis soberbias mulas y con un gran séquito que iba en otros cuarenta coches por lo menos. Detrás de todos los carruajes iba una escolta de cien dragones con hachas encendidas; por delante iban veinte oficiales montados formando la descubierta.

El Virey se asomó al balcon para ver aquella cabalgata que se asemejaba mucho al tren de un emperador, y no pudo menos de murmurar rasgándose los encajes de la camisa:

—Eso quisiste bruto, ser humillado por tu rival casi dentro de tu propia casa. . . . . Pero ¿estaré yo soñando? . . . . . ¿Es Calleja ese ó D. Fernando VII en persona?

Calleja se hospedó en el palacio del conde de Casa Rul, que fué amueblado suntuosamente para recibirlo,

no pareciendo instalarse allí un simple general victorioso, sino un verdadero soberano.

No serian tantas las dolencias de que se quejaba este gefe en sus notas al virey por las enfermedades contraidas en sus rudísimas campañas, que tuvieron por teatro el Interior en el tránsito que conocemos, y que se reducía á andar cinco ó seis leguas en el día si se hacian marchas forzadas, cuando desde la misma noche de su llegada comenzó una cadena de fiestas, en que menudearon los brindis en prosa y verso, calificándole en ellos de genio superior, comparable solo con Fabio Máximo y demás grandes capitanes de la antigüedad.

Se le dedicaron muchas funciones de Teatro. Venegas fué á la primera, pero no á la segunda, ni á las otras, ni quiso volver á sacar las narices del Palacio. ¿Por qué? Porque nadie le hizo caso y todos los aplausos y todas las sonrisas fueron para Calleja.

—Bruto, bruto, bruto, se dijo á sí mismo el virey, para eso quisiste tener aquí á ese zángano!...!!Re bruto!!!

...labata que se asomaba mucho al trío de un teatro, y no pudo menos de morderse las lenguas de la carnisal. —Eso quisiste bruto, ser humillado por tu rival casi dentro de tu propia casa!... Para qué te voy á contar... Calleja es á D. Fernando VII en persona. Calleja se hospedó en el palacio del conde de Casa Ruf, que fué amueblado convenientemente para recibirlo,

gas en aquellas constantes tertulias de una manera franca y descajada, si se hacian alusiones escabiosas que no dejaban nada a guisa de que se prestase á aquella gente andada por los suelos. Se había mantenido débil con los militares, e jando en algunas de sus disposiciones y esto lo había perdido. En manera que se empleaba mas el escudamente para calentar al virey, era el objeto de un modo extravagante. Y como se sabía muy bien que de tiempo atrás venian inquietos en muchos puntos los relativos á la campaña, resuelta que con los deberes de un jefe de guerra, Virey, se iba en ese punto de vista de lo mas deseado que pueda imaginarse.

CAPITULO XVII

...mandándole por escrito sus excusas, que pareció este aceptar muy cortesmente. En cambio, el palacio del Conde de Casa Ruf, estuvo atestado de gente tanto de dia como de noche, viéndose allí, no solo en estos dias sino en los siguientes, una fiesta prolongada. Principalmente se daban cita allí todos los hombres de armas, todos los miembros prominentes del clero y de la nobleza y los mas enopetados por sus odiosos y empleados del gobierno para vez concurrían porque veían que iban á hacer allí muy mal papel.

Durante dos dias, con el pretexto de la caída en la calle de Plateros, Calleja se abstuvo de ir al Palacio del virey, mandándole por escrito sus excusas, que pareció este aceptar muy cortesmente. En cambio, el palacio del Conde de Casa Ruf, estuvo atestado de gente tanto de dia como de noche, viéndose allí, no solo en estos dias sino en los siguientes, una fiesta prolongada. Principalmente se daban cita allí todos los hombres de armas, todos los miembros prominentes del clero y de la nobleza y los mas enopetados por sus odiosos y empleados del gobierno para vez concurrían porque veían que iban á hacer allí muy mal papel. Si bien es cierto que no se hablaba mal de Venegas.